

nura maternal: «lindo chiquito, ten piedad de nosotros; tú que eres tan poderosito concédeme lo que te pido, no seas malo!»

El cuadro de la abuela y de sus nietos arrodillados entre las cortinas blancas recogidas por los lazos celestes de Marucha, es tan bello! La paz de la anciana y de los pequeños está bañada por la luz tranquila de la pura y dulce que florece en sus almas.

Y Nita con su cara arrugada y su boca desdentada, sonriendo, sonriendo... ¿Qué habrá en su interior? Todo un panal de sabrosa miel que ella ofrece al chiquillo de palo que se aleja...

Y Juana, aquel mujerón que asusta con su voz de militar, con la cara vuelta una fiesta, arrodillada, rebosante el corazón de amor, murmurando con los registros más suaves de su garganta, mil cosas cariñosas: «chiquillo feo, por qué *sos* tan lindo? Quisiera comer-te esas piernas, feo. *Verdá* que no te olvidarás de mí?»

Pero el sacerdote pasa envuelto en su capa pluvial, con su cara vulgar congestionada por el calor y la fatiga. Su voz gangosa entona «Salves» y el

violín acompaña lastimosamente. En el platillo se oyen caer las monedas que hay que *pagar por las salves*. El encanto que me produjo aquella fe infantil y pura que arde en esos corazones sencillos, se ha desvanecido lo mismo que un sentimiento bueno al contacto de una ofensa. Me ha parecido que en mí había una bandada de pajarillos que cantaban y á la cual espantó la pedrada que arrojó una mano cruel.

Una vez, en un día lluvioso, ví pasar flotando entre el agua negruzca de un *caño* una florecita blanca; entonces experimenté una sensación parecida á la que he sentido á la vista de esta fe tan buena, tan infantil, tan blanca flotando entre esta ola de mercantilismo sin pudor que pasa sin respetar nada.

Por un momento tuve la ilusión de que todas aquellas gentes vivían en una Arcadia espiritual y las envidié. Pero oí el canto del dinero y luego pensé en el engaño. ¡Lástima de cuadro, el de la abuela y de sus nietos en el umbral de la puerta!

CARMEN LIRA

El Blanco y el Negro

Negligente, en la molicie de sobremesa, la señora Bonnelle sirvió el café, con movimiento estudiado que realzaba entre los encajes la blancura de su torneado brazo. Después, en tanto que el humo de los cigarros tejía ligeros arabescos sobre los cristales de la ventana, continuando la interrumpida conversación, dijo el capitán Rive, atusándose el bigote:

—Se ha de reconocer que no valía la pena abolir la trata de negros si se había de continuar matándolos y destruyéndolos como animales dañinos.

—¡Qué importa! repuso el señor Bonnelle. La humanidad nada tiene que ver con esa abolición. Lo que hay es que Inglaterra tenía una industria que, desarrollando los instintos feroces de

sus traficantes, la exponía á ver transportados sobre su propio suelo los crímenes con que se ensangrentaba la tierra africana.

—¿Una copita de champagne? dijo la señora Bonnelle.

Con la cabeza inclinada, los ojos entornados, los labios entreabiertos, luciendo en la palidez del rostro el brillo de su sonrisa, daba á su invitación el carácter irresistible ruego de la mujer que, ofreciendo algo, parece ofrecerse ella misma.

El capitán, sonriente á su vez, con el fino ademán con que hubiera desprendido de su tallo una delicada flor, tomó la copa en que brillaba el licor con claridades de oro.

Bonnelle proseguía su relación di-